



LECCIÓN 234
Padre, hoy vuelvo a ser Tu Hijo.

Comentario de Sarah:

Jesús nos recuerda hoy la importancia de la gratitud. Agradecemos a nuestro Padre que no hemos perdido, y de hecho no podemos perder, el recuerdo de Él y de Su Amor. Leemos en la sección “¿Qué es la salvación?” (L.PII.P2) que llevamos la memoria de Dios en el sueño. “**El Pensamiento de la paz le fue dado al Hijo en el mismo instante en que su mente concibió el pensamiento de la guerra.**” (L.PII.P2.2.1) La paz de Dios, en la mente recta, se dio en el instante en que el pensamiento de separación entró en la mente. Por eso, “**Sólo un instante ha transcurrido entre la eternidad y lo intemporal.**” (L.234.1.2) Ahora sólo hay que tomar una decisión. “**¿Y deseo ver aquello que negué porque es la verdad?**” (T.21.VII.5.14) (ACIM OE T21.VIII.75) Todavía tenemos resistencia a la verdad, y esta pregunta nos sigue pareciendo temible, sin embargo, cuando llegamos al lugar donde no queremos nada más que la verdad, ésta se da en ese instante porque ya la tenemos en nosotros.

Mientras estamos dormidos en el mundo de la separación, parece que hemos perdido la memoria de Dios y de Su Amor. Sin embargo, el Principio de Expiación es nuestra garantía de que, aunque podemos olvidar la verdad sobre nosotros mismos, nunca podremos cambiar nuestra realidad. Permanecemos como fuimos creados en la perfecta Unidad del Ser Crístico. La separación es sólo una ilusión. Es una pequeña idea loca de la que olvidamos reírnos. Aunque el mundo nos parece muy real, en realidad no tiene ninguna. Y aunque hayamos perdido la conciencia del amor de Dios, no la hemos perdido en realidad porque Él ha asegurado su lugar en la mente recta.

Hoy, mi sobrina de tres años ha preguntado a su madre: "Mamá, ¿qué había antes de todo esto? ¿Qué había donde están ahora los árboles? ¿De dónde vienen?". Son preguntas realmente profundas de la mente de un niño. Parece que recuerda algo muy olvidado, pero que se recuerda débilmente. Es porque el recuerdo de “**La Canción Olvidada**” (T.21.I) (ACIM OE T.21.II "El Mundo Imaginado") está en todos nosotros y ese recuerdo continúa intacto a través de los sueños de muchas vidas aparentes. Cuando despertemos, todas estas vidas aparentes se sentirán como un pequeño instante en el que el Hijo de Dios olvidó reírse de la idea de que podía separarse de Dios y de lo que es en verdad como el Ser Crístico.

“Hoy vislumbraremos el momento en que los sueños de pecado y de culpa hayan desaparecido y hayamos alcanzado la santa paz de la que nunca nos habíamos apartado.” (L.234.1.1) Ese es nuestro propósito ahora y la razón por la que se nos da el tiempo. Ahora utilizamos el tiempo para sanar, de modo que podamos alcanzar el santo lugar interior que nunca dejamos. Cuando lleguemos a recordar nuestra realidad, conoceremos la paz que aún hay en nosotros. Todo lo que sucede en nuestro día nos proporciona otra oportunidad para acercarnos

al despertar. Debemos vivir nuestra vida como si todo lo que parece suceder fuera elegido por nosotros para nuestro mayor bien.

Jesús dice que tal vez no estemos seguros de entender realmente las palabras de estas Lecciones, pero nos dice: **“Eso no importa. El propósito de los ejercicios de hoy es aproximar un poco más el momento en que esta idea sea completamente verdadera para ti.”** (L.27.1.4-5)

Parece que están ocurriendo muchas cosas en esta aparente realidad, mientras luchamos con los problemas que percibimos personalmente y con los del escenario mundial. Sin embargo, se nos asegura que nada de esto tiene ninguna realidad. Detrás de todas nuestras percepciones se encuentran la paz y la quietud de Dios. Es lo que evitamos con nuestras distracciones. La paz en nuestras mentes rectas es totalmente imperturbable, sin importar lo que parezca estar sucediendo en nuestras vidas o en la pantalla de este mundo. La verdad sobre nosotros simplemente no puede ser cambiada. Cuando despertemos de este sueño, sabremos que nunca hemos dejado nuestro hogar en Dios. El recuerdo de Dios está en nuestra mente y no puede perderse. Todos nuestros sueños de pecado y culpa son sólo eso: sueños. En el instante santo, nos conectamos con la verdad y tenemos una visión del hecho de que todavía somos el Hijo de Dios.

Ayer, mientras hacía mi meditación, vi mi cuerpo como si fuera un robot, pasando por una variedad de experiencias aparentes. Me recordó la experiencia de un querido amigo que vive en Montana, que contó una vez que estaba conduciendo su coche y, de repente, se encontró con su conciencia flotando por encima del coche, observando cómo su cuerpo lo conducía, mientras miraba hacia abajo y se preguntaba cómo era posible. El cuerpo está fuera de la mente y es simplemente una proyección de la mente, que aparece en la pantalla de este mundo. Tales experiencias demuestran que somos el soñador de este sueño y no la figura del sueño.

Todo tiene que ver con el deseo. Este mundo es una proyección del deseo de estar separado de Dios. De ese deseo surgieron todas nuestras creencias, nuestros pensamientos, nuestras emociones y nuestras percepciones. Cuando el deseo se centra en querer conocer nuestro verdadero Ser, todo se alinea con ese deseo. El deseo es donde está el altar interior. Cuando nuestro deseo es conocer a Dios, entonces todo funciona en armonía con ese deseo.

Al hacernos a un lado de nuestra historia, al no justificar nuestra ira y, en cambio, al investigar plenamente nuestros sentimientos, llegamos a ver lo que se mantiene oculto en la mente inconsciente. Entonces, lo entregamos voluntariamente y confiamos en que se producirá la curación, que es la naturaleza del perdón. Nuestras creencias, nuestros pensamientos, nuestras emociones y nuestras percepciones son el efecto de nuestro deseo.

Independientemente de nuestra determinación de sanar, podemos estar seguros de que los pensamientos de culpa y miedo surgirán y seguirán formando parte de nuestra experiencia hasta que llegemos al mundo real donde reconocemos que este mundo es irreal. Mientras sigamos inclinados a juzgar a nuestros hermanos y a aceptar nuestros juicios como la verdad, nuestra responsabilidad es, sin embargo, seguir trayendo estos juicios a la mente. Son nuestras proyecciones vistas fuera de nosotros mismos. No significa que nuestros hermanos no cometan errores, pero nuestra condena de ellos habla de lo que no está sanado en nuestra propia mente. Es una proyección de nuestra propia auto condena, que tiene que ver con nuestros propios pensamientos de auto ataque. Estamos llamados a utilizar cada situación en nuestras vidas con el propósito de perdonar. Ahora podemos elegir de nuevo recordar quién es nuestro hermano y así conocer nuestra propia inocencia. Recordamos que todos los errores de nuestro hermano son su petición de amor y comprensión, que en realidad es nuestra propia petición. Sanar nuestros

pensamientos equivocados y nuestras percepciones erróneas es la única manera de saber: **“Padre, hoy vuelvo a ser Tu Hijo”**. (L.234)

Cuando un juicio cruza mi mente, puedo recordarme a mí mismo que ese pensamiento no es cierto. La verdad es que nunca he dejado mi hogar en Dios. Cuando sienta miedo por cualquier cosa hoy, puedo recordarme que hay otra manera de ver esto. No está sucediendo nada real. Espíritu Santo ayúdame a ver esto a través de Tus ojos. Así es como podemos rápidamente hacer una restauración, reemplazar la programación en nuestras mentes que parece dirigir nuestro día, y reprogramar nuestros pensamientos con el único y verdadero Pensamiento de Dios. Esta reprogramación viene cuando nos dedicamos voluntariamente a aprender la verdad de lo que Jesús enseña y experimentamos su enseñanza por nuestra voluntad de deshacer todo lo que no es la verdad. Así, el lugar en nuestra mente donde habita la verdad puede resplandecer. Como dice Rupert Spira: "Cuando la búsqueda y la resistencia, que caracterizan al yo aparentemente separado, llegan a su fin, nuestra naturaleza esencial de paz y felicidad brilla como realmente es".

Hoy estamos llamados a desechar los pensamientos de nuestra mente que no son la verdad. Podemos hacerlo con firmeza y dulzura, y sin juzgarnos. Sólo el ego espiritual cree que debería estar más allá de esos pensamientos. Esto es sólo otro juicio hacia nosotros mismos que no es útil.

“Jamás ocurrió nada que perturbase la paz de Dios el Padre ni la del Hijo. Hoy aceptamos la veracidad de este hecho.” (L.234.1.4-5)

Amor y bendiciones, Sarah
huemmert@shaw.ca